

www.elboomeran.com

MARTIN MOSEBACH

EL PRÍNCIPE
DE LA NIEBLA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *Der Nebelfürst*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Eichborn AG, Fráncfort del Meno, 2001
© de la traducción, 2012 by José Aníbal Campos González
© de la ilustración de cubierta, S N M 128720. Nationalmuseum,
Estocolmo, Suecia / The Bridgeman Art Library
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

La traducción de este libro ha recibido una subvención
del Goethe-Institut

En la cubierta, pintura de Georg Von Rosen (1886)

ISBN: 978-84-15277-62-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 5354-2012

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

EL COCHE DE PLAZA FRENA,
LA DAMA CAE

Unos pocos pasos fuera del pequeño universo familiar y se llegaba tan lejos como si uno hubiese emigrado. Emigrar era un buen plan. Por desgracia, Theodor Lerner no era inglés; los ingleses tenían abierto medio mundo, ya que éste les pertenecía. Pero también estaba Argentina, donde era posible criar vacas, o Brasil, donde se podía cultivar tabaco, o Panamá, donde se podía establecer una compañía naviera. Otros se marchaban a Rusia y allí comerciaban con azúcar e índigo. Y luego todo eso se transformaba en oro puro. Cuando esa gente regresaba, vivía en mansiones en Wiesbaden o en Godesberg, mansiones con torres y jardines con terrazas, y descansaban la vista, mustia de ver tantas cosas extraordinarias, con el agradable paisaje del Rin.

A Theodor Lerner le parecía que escribía bien. También podía convertirse en un autor de literatura de viajes, esa gente que sale a cazar tigres montada en elefantes y lleva un diario bajo el humeante brillo de la lámpara de carburo. Los lectores de su país les hacían alcanzar los más altos honores. Hasta el primo Valentin Neukirch, el severo director de minas que se pasaba todo el tiempo reprochando a Lerner que forjara planes fallidos, leía con respeto libros de viaje. De vez en cuando, Theodor Lerner lo intentaba con ciertos encargos del *Berliner Lokalanzeiger*. Lo enviaban a algún lugar donde pasara algo candente, cosa que había que entender en un sentido literal. Hasta el mo-

mento, Lerner había cubierto once incendios. Los primeros fueron toda una experiencia. Uno se quedaba en medio de la multitud que contemplaba fascinada el suceso, se le enfriaban los pies, pero al mismo tiempo le llegaba el vaho del fuego, saltaban las chispas, una viga se partía, y en una ventana aparecía una mujer en camisón desesperada y lanzaba a su hijo sobre la extendida lona salvavidas. Los emocionantes reportajes de Lerner eran muy bien acogidos en la redacción. Lo veían como a un especialista en esos casos. ¿Tendría que arder Berlín entero para que le dieran otro tipo de encargo?

El jefe de redacción, un hombre ajado por las preocupaciones, no tenía oídos para Lerner. La tirada estaba paralizada.

—Necesitamos una exclusiva, es preciso que la gente nos arranque el periódico de las manos—murmuraba aquel hombre elegante al que no le pegaban nada las preocupaciones.

Había sido elegido recientemente como el «hombre más atractivo del baile de la prensa berlinesa». El comité de señoras estaba lleno a rebosar de sus adeptas.

—¿Sabe dónde está el ingeniero André?

Lerner no lo sabía. El ingeniero André había partido tres meses atrás en un montgolfier con intenciones de sobrevolar el Polo Norte.

—¿Y cómo lo reconocerá desde arriba?—preguntó Lerner.

Al parecer, se imaginaba que en el Polo Norte habría un hermoso obelisco o una pirámide levantada con bloques de hielo. En algunos cuadros sobre el paso de Napoleón a través del San Bernardo, puede verse, erosionada por el tiempo, a la altura de las pezuñas del caballo encabritado, una tarja de piedra en la que se lee: «Aníbal». ¿Acaso

al final habría en el Polo Norte un hallazgo arqueológico como ése, colocado allí hace mil años por los esquimales o los vikingos?

—Es usted conmovedor—dijo el jefe de redacción con el bigote surcado por hilillos de plata.

Lerner conocía un buen truco. Cuando tenía poner en evidencia su ignorancia con algún comentario, adoptaba siempre la expresión facial de quien acababa de hacer una broma. A fin de cuentas, tenía cierta intuición sobre cuándo se estaba moviendo en terreno resbaladizo. Pero esta vez algo distrajo la atención del redactor jefe.

—No, dígle a esa dama que no la puedo recibir—le dijo a su secretario, que había dejado abierta la puerta del antedespacho. Afuera se veía una sombra como la de una mujer muy alta, con un sombrero enorme, con grandes pechos y unos volúmenes de tela que abarcaban todo el espacio. La mera sombra anunciaba algo significativo. En el puerto del antedespacho había atracado un buque de guerra de cinco palos. Lerner estaba perplejo de que se pudiera desatender así como así a una visita como aquélla.

—Esa persona siempre nos procura material, pretende vendernos alguna correspondencia escandalosa, memorias de espías rusos, cartas de amor de personas ilustres, pero esas cosas o son demasiado caras, o no están siquiera en su poder, o no son algo honrado... Pero ahora quiero sacar algo en el periódico sobre el ingeniero André.

—¿Cómo se escribe sobre un desaparecido?—preguntó Lerner—. Un desaparecido se caracteriza precisamente por haberse marchado a no se sabe dónde. El aspecto biográfico y el relacionado con los preparativos de la expedición se han repetido hasta la saciedad en todos los periódicos, y ahora, precisamente, el ingeniero ha desaparecido.

Una tierra de nadie. ¿Había algo así en la Tierra? ¿Un

territorio que no perteneciera a nadie, que no tuviera caminos ni desembarcaderos, quizá tampoco ni un arriba ni un abajo? Atravesabas una frontera, un muro de niebla, y te sumergías en un abismo sin fondo, en una avalancha de nieve polvo en la que no era posible distinguir nada, pero en la que todo permanecía curiosamente iluminado como en un nublado día de invierno. ¿Acaso no era también una característica de la tierra de nadie el no tener fronteras conocidas?

—Habría que buscar a André—dijo el jefe de redacción.

Eso ya lo estaba haciendo alguna gente, gente tan sabia como para no seguirlo por el aire, sino en trineos tirados por perros y con esquís. Así habían sido fotografiados esos héroes y así los recordaban los lectores, pero ahora también ellos habían desaparecido. Por muy sensacionales que sonaran tales historias, no daban mucho de sí para la prensa. Se desataba primero una excitación enorme y luego el material sólo servía para arrojarlo al fuego. La lona de un globo hecha jirones sería, probablemente, todo lo que trajera a casa esa expedición de salvamento. El ingeniero había sido víctima de los osos polares. Y no habría ninguna tumba para el ingeniero André, del mismo modo que no había un obelisco en el Polo Norte.

—¡Sí, Lerner, averigüe dónde está André! ¡Busque a André!

Aquello había respondido a un arranque de amargura, una actuación satírico-cáustica del jefe de redacción. Lerner interpretó esas palabras como una acusación. El redactor jefe pretendía hacerle entender que él no servía para nada; tal vez sí para el trabajo diario, en el que podría sustituirlo otro centenar de personas, pero no cuando lo que importaba era salvar el periódico. Al jefe de redacción le parecían educativos esos arranques. A unos los estimulaba,

y a otros los ponía en su lugar. En Treptow estaba ardiendo una fábrica de anilina, dijo el secretario. Bastó una sola mirada del jefe de redacción para indicarle a Lerner que saliera del despacho y se pusiera en camino.

Fuera llovía. Por suerte, delante del edificio del periódico había un coche de plaza. A causa de aquel chaparrón de la tarde, el tráfico se había vuelto un caos. Los coches de motor y los tirados por caballos avanzaban a duras penas unos al lado de otros, y la gente pasaba continuamente entre ellos para llegar a la acera de enfrente. El agua corría por el parabrisas. Lerner apenas se había sentado, y el coche apenas había arrancado, cuando una figura enorme se elevó en medio de aquel diluvio sobre el parabrisas y delante del radiador del coche, se tambaleó y cayó.

Al conductor se le escapó un impropio a causa del susto. Frenó. Lerner saltó afuera. Delante del coche yacía una dama sobre el pavimento mojado. Todavía llevaba en la cabeza el altísimo sombrero, pero éste se había ladeado un poco. El paraguas había salido volando y rodaba hacia el centro de la vía.

—Estoy bien—dijo la dama, con una voz asombrosamente enérgica, al mirar a su salvador.

Lerner la ayudó a levantarse. Aunque la dama pesaba mucho, hizo lo posible para que él no lo notara. Cojeaba ligeramente cuando Lerner la acompañó hasta la puerta del coche. ¿La llevaba a algún sitio? Él iba camino de Treptow. Había un incendio en una fábrica de anilina.

—¿La fábrica de anilina?—dijo la dama, que ya estaba arreglándose el sombrero. El conductor le trajo el paraguas—. Ya han extinguido el fuego en la fábrica de anilina. Había sido una falsa alarma, ¿no es así?—Esto último se lo dijo al conductor, que no había cerrado la ventanilla de cristal que separaba la cabina de la parte trasera.

—Yo no sé nada—respondió el hombre, malhumorado. El disgusto por el accidente y el alivio se mezclaban en su fuero interno. Éste era uno de esos casos no poco frecuentes en los que la declaración de no saber nada confirmaba un sí. Ahora en la parte trasera estaba claro que no había ningún incendio en Treptow y que no había ardidado nada. En aquel ambiente cálido, se fue expandiendo el aroma que emanaba de la ropa y del cabello de la dama, un olor a rosas y a canela. Ya no era una mujer joven, aunque su rostro tenía una tersura juvenil y sus ojos eran frescos y saludables.

¿Que dónde vivía? El coche no podía arrancar todavía. He ahí el asunto, dijo la dama. Acababa de llegar a Berlín, invitada por unos amigos muy cercanos—«¿Tal vez conozca usted al señor capitán de caballería Bepler?»—, pero ahora no había nadie en la casa de los Bepler, algo inexplicable. Allí estaba sentada ella, la víctima de Lerner—porque la torpeza de un conductor siempre había que atribuírsela a su señor—, teniendo que buscar un lugar donde quedarse, y, además, con un tobillo lesionado. La dama no lo expresó así. Esa mujer no se quejaba. Era, sencillamente, su situación.

Apelar a la caballerosidad de Lerner ofrecía siempre buenas perspectivas, pues era caballeroso o, mejor dicho, le gustaba serlo. Le gustaba verse como un hombre muy caballeroso. Y allí, justo delante, tenía a la persona adecuada para mostrarse como tal. Aquella dama sabía apreciar la caballerosidad, si bien de un modo ligeramente ostentoso.

—¿Adónde vamos entonces?—preguntó el conductor, otra vez con un tono de absoluto enfado.

Irían a Wilmersdorf, a la pensión Tannenzapfen, en la que Lerner vivía desde hacía cuatro semanas. Allí se había

quedado vacía una habitación, ya que uno de los huéspedes de muchos años, el capitán Richter, un veterano de 1871, se había casado a una edad muy avanzada.

«En esta pensión se casan todos, hasta los bichos más raros—le había dicho a Lerner la dueña de la pensión—. También usted se irá».

Y fue así como, poco tiempo después, en la habitación todavía no bien aireada del capitán, en la mesa con el mantel de flecos situada debajo de una reproducción al óleo de *La última cena* de Leonardo da Vinci—el capitán había retirado del empapelado las postales de muchachas en ropa interior—, tuvo lugar, a la luz de la lámpara, una acogedora velada con té.

Era el momento de conocerse. La dama se mostró muy interesada en la labor profesional de Lerner. Ella no podía vivir sin los periódicos. Los devoraba. Su voz era cálida. Era verdad que tenía cierto sobrepeso, pero era elegante. El tafetán de color marrón se extendía a su alrededor. El pelo gris era abundante y parecía una peluca empolvada del Rococó; el rostro que había debajo era lozano. Para el gusto de Lerner era demasiado vieja y pesada, pero, curiosamente, de pronto eso no tenía la menor importancia. No era ni pizca de coqueta.

«Es natural», pensó Lerner, y «natural» tenía, de repente, muchos significados, hacía posible muchas cosas que hasta entonces habían estado muy distantes. El pasar a un largo beso fue como una suave continuación del diálogo.

Las manos de Lerner avanzaron a tientas. Consiguieron zafar un gancho que se apartó hacia un lado como por sí solo. Sintió la piel de ella en los dedos, suave como la yema de un huevo flotando en un vaso.

La mano de la dama se posó en la muñeca de Lerner y la retiró con firmeza, pero lentamente.

—Sentimos simpatía mutua—dijo la señora Hanhaus—, pero dejaremos lo otro. Tengo asuntos más importantes para usted. Y estas cosas, a menudo, pueden dificultar el negocio de un modo innecesario.

Todo fue dicho con dulzura, con firmeza y una sonrisa de camaradería. Esa sonrisa facilitó el tránsito a lo que vino después. Lerner se lo agradeció. El beso le había sabido a algo soso que ahora no le estorbaba, pero que le molestaría más tarde. Cuando la acompañó hasta la puerta y le besó la mano a modo de despedida, vio el contorno de su sombra en aquella semipenumbra, reflejada por la luz mortecina de las lámparas de la habitación.

«¿Es ésta la mujer del despacho del redactor jefe?», pensó Lerner en su habitación. ¿Podían dos sombras parecerse tanto? De repente, la señora Hanhaus había estado allí. ¿De repente? Tal vez hubiera estado presente todo el tiempo, de un modo invisible, para decidir más tarde cuándo los ojos de los otros se abrirían para ella. Entonces, de repente, estuvo allí.